

El sexismo y sus dos caras: De la hostilidad a la ambivalencia

Maria Lameiras Fernández *

En la conceptualización de la cara más “moderna” del sexismo (Tougas *et al.*, 1995; Swim *et al.*, 1995) se considera que junto a los sentimientos negativos hacia las mujeres, que perviven de las formas más tradicionales de sexismo, convive la aceptación de valores igualitarios, socialmente deseables en aquellas sociedades que han evolucionado hacia posicionamientos más liberales. Lo que supone abordar su comprensión desde la *dimensión social*, considerando a las mujeres y los hombres como dos grupos homogéneos e independientes. Pero para comprender en su complejidad el nuevo sexismo Glick y Fiske (1996, 1999) defienden que para el estudio de éste es necesario incorporar parámetros explicativos que surgen de la *dimensión relacional*. Lo que implica que las relaciones entre los sexos no pueden ser articuladas exclusivamente desde una perspectiva intergrupal, y supone reconocer que, frente a la visión de los sexos como grupos sometidos en un contexto social a fuerzas divergentes de independencia y autonomía, éstos están necesariamente vinculados en un mundo relacional de fuerzas convergentes de dependencia y heteronomía. La combinación de estas fuerzas centrífugas y centrípetas son las que articulan la constelación de actitudes hacia los sexos y repercutirán tanto en el ámbito público/laboral como en el espacio interpersonal y afectivo-sexual.

Palabras clave: Sexismo moderno, Sexismo hostil, Sexismo benevolente.

SEXISM AND ITS FACES: FROM HOSTILITY TO AMBIVALENCE

The “modern” face of sexism (Tougas et al., 1995; Swim et al., 1995) combines two apparently contradictory elements. On the one hand we can find negative feelings towards women, like in traditional sexism, but, on the other hand there are positive feelings resulting from a societal movement toward more egalitarian values. Most research has focused on the social dimension of sexism, considering women and men as two homogeneous, independent groups. To come to a better understanding of this “modern” sexism Glick and Fiske (1996, 1999, 2000) find it necessary to consider the relational dimension involved in this issue. This means that the relationship between sexes can’t be understood only from a social dimension and so the sexes are not only groups in a social context subjected to division forces of independence and autonomy, but at the same time they are involved in relationship of dependence and heteronomy. The combination of these opposing forces develop attitudes towards sexes and will have its effect in the workplace as well as in affective and sexual relationship.

Keywords: Modern sexism, Hostil sexism, Benevolent sexism.

* Profesora Titular de Psicología de la Universidad de Vigo.
Facultad de Ciencias de la Educación, Las Lagunas s/n 32004 Ourense. E-mail: lameiras@uvigo.es

EL SEXISMO Y SUS RAÍCES SOCIALES

El sexismo se define como una actitud dirigida a las personas en virtud de su pertenencia a un determinado sexo biológico en función del cual se asumen diferentes *características y conductas*.

Por un lado, a través de los estereotipos “descriptivos” se establecen las características que describen a cada sexo. Características que nutren de contenido los conceptos de “masculino” y “femenino”, obviamente para definir y describir a hombres y mujeres. Así, la masculinidad es asociada con características de dominancia, control e independencia y la feminidad con atributos de sensibilidad, afecto y preocupación por el bienestar ajeno. En palabras de Lipovetsky (1997: 154) “si el hombre encarna la nueva figura del individuo libre, desligado, dueño de sí, a la mujer se la sigue concibiendo como un ser dependiente por naturaleza, que vive para los demás e inserta en el orden familiar”. Así frente al “yo” autónomo e independiente del hombre, a la mujer se la identifica con un “yo en relación”, es decir, con un yo desplegado hacia afuera que recibe su sentido y se alimenta de la vida emocional que mantiene con los “otros”, con los que necesariamente ha de convivir para alcanzar su sentido de la vida y bienestar. Esta dualidad que describe a los hombres desde la instrumentalidad y a las mujeres desde la expresividad (Parson y Bales, 1955) se ha materializado también en los conceptos antagónicos de masculino-*agentíc* frente a femenino-*communal* (Bakan, 1966). En definitiva, una poderosa caracterización que ejerce también su influencia en los procesos de identificación personal. Una dualidad además asimétrica, lo que supone que los rasgos asociados al polo masculino son valorados más positivamente; cuestión que viene demostrada por el hecho de que las mujeres muestren mayor disposición a adscribirse características masculinas y ser por ello menos censuradas socialmente que los hombres que se adscriben a características femeninas (Bonilla y Martínez-Bencholl, 2000).

Por otro lado, los estereotipos “prescriptivos” hacen referencia a las conductas que se consideran que deben llevar a cabo hombres y mujeres. De tal modo que el encasillamiento que las diferentes sociedades imponen a los sexos a través de los significados asociados a la dualidad masculino-femenino condiciona el tipo de actividades y distribución de las ocupaciones consideradas más adecuadas para ambos (Pastor, 2000). Los roles o papeles asignados para cada sexo se despliegan desde los estereotipos “descriptivos”. Lo que supone reconocer que la existencia de roles o papeles diferenciados para cada sexo es la consecuencia “natural” de asumir la existencia de características psicológicas diferentes para cada sexo. La asimetría de papeles ha propiciado la división del espacio público-privado como esferas separadas para ambos sexos, apoderándose el hombre del espacio público o político y relegándose a la mujer al espacio privado o doméstico. De nuevo aquí se reproduce la jerarquía valorativa en función de la cual se prioriza el espacio público frente al espacio privado para garantizar la supremacía masculina. Pero la significativa incorporación de la mujer, en las últimas décadas, al trabajo remunerado en los países occidentales ha desestabilizado esta balanza. Y ya que la jerarquización de los espacios supone un medio para la jerarquización de los sexos el fin en sí mismo para mantener a la mujer en un estatus inferior, su incorporación al espacio público ha ido paralelamente vinculada a la devaluación del trabajo en sí (Goldberg, 1968). Esto implica que aquellos trabajos de alto prestigio desarrollados tradicionalmente por los hombres se han ido devaluando al mismo ritmo que se ha incorporado la mujer a su ejercicio, posibilitando con ello el mantenimiento de la jerarquía entre los sexos.

DEL SEXISMO HOSTIL

AL SEXISMO MODERNO

Para identificar la visión más tradicional del sexismo hay que remontarse a las aportaciones de Allport (1954), quien lo define

como un prejuicio hacia las mujeres, entendiéndolo éste como una actitud de hostilidad y aversión. De modo que esta primera aproximación al concepto de sexismo está connotada por evaluaciones negativas que suponen un tratamiento desigual y perjudicial hacia las mujeres, y se conoce hoy en día como sexismo explícito (*overt sexism*) (Benokraitis y Feagin, 1986, 1995) porque es fácilmente detectable visible y observable; o viejo sexismo (*Old-Fashioned sexism*) (Swin, Aikin, Hall y Hunter, 1995), ya que este tipo de sexismo se apega al mantenimiento de roles tradicionales para hombres y mujeres.

Pero si entendemos el sexismo exclusivamente como una actitud negativa hacia las mujeres es difícil mantener su existencia en las sociedades más desarrolladas (Expósito, Montes y Palacios, 2000). De hecho, parece haberse logrado en los países occidentales lo que Batista-Foguet, Blanch y Artés (1994) han denominado “igualitarismo abstracto”, que supone la igualdad de los sexos en el dominio público y ha ganado un creciente consenso. Pero junto a éste pervive lo que los autores denominan “conservadurismo cultural”, que se detecta en el cambio de actitudes con respecto a los roles familiares. Éste implica tanto la reticencia de los varones a asumir la cuota de responsabilidad que les corresponde en la esfera doméstica, como las dificultades que encuentran las mujeres en su integración al mundo público. Por tanto, la discriminación persiste aunque ésta adquiere ahora matices más sutiles y encubiertos (*covert sexism*).

Así, hoy en día se comprueba que los valores de sexismo se han recanalizado hacia nuevas formas más encubiertas y sutiles de expresión que pasan más inadvertidos, y que se siguen caracterizando por un tratamiento desigual y perjudicial hacia las mujeres. La formación de esta nueva cara del sexismo ha ocurrido de forma paralela a la evolución de las actitudes racistas etiquetadas como racismo simbólico (Sears, 1988), racismo aversivo (Gaertner y Dovidio, 1986), racismo ambivalente (Katz, Wackenhut y Hass, 1986), racismo

moderno (McConahay, 1986; Pettigrew, 1989) o prejuicio sutil (Rueda y Navas, 1996). De hecho, entre las aportaciones más destacables con relación al nuevo sexismo se encuentra la de Swin *et al.* (1995), quienes lo definen como sexismo moderno (*modern sexism*), y se fundamentan en los mismos pilares propuestos por Sears (1988) para conceptualizar el racismo moderno, adaptándolos a las relaciones entre sexos: 1) Negación de la discriminación, 2) Antagonismo ante las demandas que hacen las mujeres, 3) Resentimiento acerca de las políticas de apoyo que consiguen. Paralelamente a esta conceptualización Tougas *et al.* (1995) introducen el concepto de *Neosexismo* que definen como la manifestación de un conflicto entre los valores igualitarios y sentimientos negativos residuales hacia las mujeres. Este sexismo, aunque está en contra de la discriminación abierta contra las mujeres, considera que éstas ya han alcanzado la igualdad y que no necesitan ninguna medida política de protección, impidiendo con ello la igualdad real.

En conclusión, la nueva cara del sexismo, identificado como sexismo moderno o neosexismo, se articula desde una perspectiva más sutil y encubierta y con ello más perniciosa para los objetivos de igualdad, considerando la dimensión social el plano a partir del que se articula su comprensión. Ello supone que, amparados en la supuesta igualdad entre los sexos, se impidan las acciones positivas que propiciarán la igualdad real en la esfera pública. Un sexismo que, en cualquier caso, no es ajeno a los presupuestos que han nutrido de contenido al sexismo más tradicional (Spence y Hahn, 1997).

SEXISMO AMBIVALENTE

En la conceptualización del sexismo moderno recogida de los planteamientos hechos por Swin *et al.* (1995) y del Neosexismo de Tougas *et al.* (1995) se prima la dimensión social y con ello la consideración de los sexos como grupos homogéneos en conflicto. Esto supone asumir que la supera-

ción del sexismo vendrá dada por la superación de la asimetría social entre los sexos, es decir, la igualdad objetivada en el ámbito público, que supone superar las barreras que frenan el avance de la mujer. Estos presupuestos se desarrollan, como hemos visto, en sintonía con la forma de abordar las desigualdades provocadas por otros elementos de diferenciación como es la raza.

Sin embargo, a diferencia de las categorizaciones hechas en función de la raza, etnia o cultura, entre las que se puede asumir una clara independencia entre los miembros de los distintos colectivos, las relaciones entre sexos se encuentran necesariamente connotadas también por relaciones de dependencia. Precisamente la compleja constelación de relaciones de dependencia e independencia hace de las relaciones entre sexos una realidad ideosincrática y singular con elementos no compatibles con los presentes en el resto de las relaciones intergrupales. Por tanto, para maximizar la comprensión del sexismo moderno ha de reconocerse esta singularidad relacional entre los sexos. Esto supone reconocer que las actitudes hacia los sexos serán el resultado de estas fuerzas divergentes de independencia y autonomía en el contexto social y de las fuerzas convergentes de dependencia y heteronomía en el ámbito relacional. Este reconocimiento ha propiciado el desarrollo de la más reciente y novedosa teoría sobre el sexismo moderno.

La teoría del *sexismo ambivalente* de Glick y Fiske (1996) es la primera que reconoce la necesidad de ubicar en la comprensión del nuevo sexismo la dimensión relacional. Este sexismo se operativiza con la presencia de dos elementos con cargas afectivas antagónicas: positivas y negativas (Glick y Fiske, 1996, 2000, 2001), dando lugar a dos tipos de sexismo vinculados: *sexismo hostil* y *sexismo benevolente*. El sexismo hostil es una ideología que caracteriza a las mujeres como un grupo subordinado y legitima el control social que ejercen los hombres. Por su parte, el sexismo benevolente se basa en una ideología

tradicional que idealiza a las mujeres como esposas, madres y objetos románticos (Glick *et al.* 1997). Y es sexista también en cuanto que presupone la inferioridad de las mujeres, ya que este sexismo reconoce y refuerza el patriarcado, pues considera que las mujeres necesitan de un hombre para que las cuide y proteja. A su vez, utiliza un tono subjetivamente positivo con determinadas mujeres, las que asumen roles tradicionales, como criaturas puras y maravillosas cuyo amor es necesario para que un hombre esté completo. En el sexismo hostil a las mujeres se les atribuyen características por las que son criticadas; en el sexismo benevolente, características por las que son valoradas, especialmente vinculadas a su capacidad reproductiva y maternal. En definitiva, una visión estereotipada de la mujer tanto en su tono más hostil, evaluada negativamente como “inferior”, como en su tono más benevolente, evaluada positivamente como “diferente”, pero supeditada a determinadas “funciones”. Además el sexismo benevolente ayuda al sexismo hostil permitiendo a los hombres sexistas ser benefactores de las mujeres y disculpar su hostilidad sólo ante aquellas mujeres que se lo merecen. Este sexismo benevolente suscita conductas prosociales como las de ayuda o protección hacia las mujeres.

La dimensión más hostil comparte con el sexismo tradicional su tono afectivo negativo. Por su parte, la dimensión más benevolente, que despliega un tono afectivo positivo, no es en realidad algo nuevo, de hecho se refleja en la ética de las religiones cristianas, de tan larga tradición en los países más occidentales. En éstas se transmite la visión de las mujeres como débiles criaturas que han de ser protegidas y al mismo tiempo colocadas en un pedestal en el que se adoran sus roles “naturales” de madre y esposa, de los que no debe extralimitarse. En un reciente estudio en colaboración con Glick (Glick, Lameiras y Rodríguez, 2002) comprobamos como las personas más religiosas son precisamente las que se adscriben a actitudes más benevolentes.

Por tanto, lo realmente novedoso de la teoría propuesta por Glick y Fiske (1996, 2001) es la combinación indisociable de la forma hostil y benevolente de las actitudes hacia las mujeres, que representarían las formas de sexismo más modernas y que conforman el sexismo ambivalente. Éste brota del reconocimiento de la dimensión relacional-dependiente entre los sexos como eje articulador.

Para desarrollar esta teoría del sexismo ambivalente, Glick y Fiske (1996, 2001) recurren a la posición teórica de la ambivalencia propuesta por Katz (1981) y Katz y Hass (1988). La ambivalencia en términos generales se define como el resultado de albergar valores que son contradictorios o bien conflictivos entre sí. Estos autores afirman que esto es lo que le sucede a muchas personas en Estados Unidos. Por una parte, valoran muy positivamente el igualitarismo como la base de los principios democráticos. Pero, por otra parte, sobrevaloran el individualismo que constituye un reflejo de los principios de la ética protestante. Estos valores de igualitarismo e individualismo pueden entrar en conflicto, sobre todo a la hora de regular la expresión de los prejuicios raciales. Si estas personas se adhieren al igualitarismo, les llevaría a mostrar simpatía hacia los y las afroamericanos y además reconocerían públicamente que se les ha subordinado y humillado a lo largo de la historia. Pero la adhesión al individualismo les llevaría en la dirección contraria. Katz y Hass (1988) afirman que el choque entre los valores de igualitarismo e individualismo produce en una persona una dualidad actitudinal, que puede traducirse en actitudes positivas o en actitudes negativas. Además la ambivalencia actitudinal genera un malestar psicológico, ya que las personas buscan activamente la consistencia (Festinger, 1957).

Siguiendo esta línea argumental Glick y Fiske (1996) parten de que la ambivalencia sexista se origina en la influencia simultánea de dos tipos de creencias sexistas porque son dos constructos subjetivamente vinculados a sentimientos opuestos hacia las mujeres. Si

bien esto sucede sin experimentar conflicto, ya que según Glick *et al.* (1997) el sexismo ambivalente es capaz de reconciliar las creencias sexistas hostiles y las benevolentes sin sentimientos conflictivos. Así lo sugiere la alta correlación entre sexismo hostil y benevolente (Glick y Fiske, 1996). La forma en que se evitan los conflictos entre actitudes positivas y negativas hacia las mujeres es clasificándolas en subgrupos. Uno de mujeres “buenas” y otro de mujeres “malas”, en los que se incluyen aspectos positivos y negativos del sexismo ambivalente. Las primeras merecen un tratamiento hostil y las segundas merecen ser tratadas con benevolencia. Por tanto establecer subtipos polarizados de mujeres, unas colocadas en un pedestal y otras arrojadas a la cuneta (Travis y Wade, 1984) se convierte en fructífera estrategia para evitar los sentimientos conflictivos. Utilizar categorías automáticas, basadas en pistas como la apariencia física o los roles sociales, guía las reacciones ante cada mujer. Por tanto, en vez de experimentar tensión emocional, vulnerabilidad y conflicto, se clasifica a cada mujer en función de los estereotipos que se cree que la definen y se actúa en consecuencia.

De hecho, Glick y Fiske (1997) comprueban que los hombres establecen tres tipos de grupos de mujeres: las tradicionales, las no tradicionales y las *sexys*. Las mujeres que representan el rol de amas de casa, las mujeres profesionales que se desarrollan también en el espacio público, no exclusivamente el privado, y finalmente las *sexys*. Los hombres sexistas temen al grupo de mujeres no tradicionales porque retan su poder; así como a las mujeres denominadas *sexys*, porque temen que ellas con su poder de seducción, junto con el interés de los hombres por el sexo, les arrebaten también su poder. Estas mujeres son definidas como peligrosas, tentadoras y sensuales, y los hombres sexistas suelen mantener actitudes hostiles hacia ellas.

Todo ello nos lleva a establecer que con el sexismo ambivalente, los hombres pueden mantener una consistencia actitudinal

que implica despreciar a algunas mujeres y amar a otras. El sexismo hostil se aplica como un castigo a las mujeres no tradicionales, como mujeres profesionales y feministas, porque estas mujeres cambian los roles de género tradicionales y las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Mientras que el sexismo benevolente es una recompensa para las mujeres que cumplen los roles tradicionales porque estas mujeres aceptan la supremacía masculina. Por consiguiente, el sexismo hostil y el sexismo benevolente actúan como un sistema articulado de recompensas y castigos con la finalidad de que las mujeres sepan cuál es su posición en la sociedad (Rudman y Glick, 2001).

Esto ha llevado a Glick y Fiske (1996, 2001) a preguntarse si el sexismo hostil se dirige hacia un grupo determinado de mujeres y el sexismo benevolente hacia otro grupo. Estos autores razonan esta afirmación planteando que es posible que a nivel ideológico pueda resultar fácil a los hombres categorizar a las mujeres en subgrupos, favorables o desfavorables, pero cuando se valora a mujeres concretas esto es más complicado, especialmente cuando existe una vinculación afectiva con ellas. Se pone de manifiesto así que el sexismo hostil y sexismo benevolente conviven, por ejemplo en las actitudes hacia una hermana que se ha convertido en feminista o hacia una pareja a la que inicialmente recompensa con el sexismo benevolente y finalmente castiga con el hostil si ésta lo rechaza (Glick y Fiske, 2001).

FUNDAMENTOS DEL SEXISMO AMBIVALENTE

Las actitudes hostiles y benevolentes hacia las mujeres tienen un origen ancestral, ya que ambos tipos de actitudes están claramente simbolizadas en la mitología griega. Concretamente Glick y Fiske las sitúan en el poema épico *La Odisea* de Homero compuesto hace 3 millones de años. Este poema narra el regreso del héroe griego Ulises (también llamado Odiseo) de la guerra de Troya. El

relato abarca sus 10 años de viajes hasta reunirse con su amada esposa Penélope, que se presenta como el ideal griego de feminidad hermosa, inteligente y complaciente; así como pilar de la casa, prudente, fiel y subordinada al marido. Hasta que Ulises no pudo reunirse con ella estaba incompleto. A su vez, Penélope necesitaba la protección de su marido frente a los pretendientes que le surgieron durante su larga ausencia. Los componentes del *sexismo benevolente* se manifiestan en el relato con una Penélope integrada en el rol doméstico y marital que necesita el cuidado y protección de su esposo. Por otra parte, algunos de los obstáculos que retrasaron el regreso de Ulises con su esposa se manifiestan en el poema en forma de mujer, de sirenas que intentaron atraparlo. Circe, una hechicera que usó su belleza para tentar a la tripulación de Ulises intentando detenerla para poder así destronarlo. Parte ésta en la que se manifiesta el *sexismo hostil*, que considera que las mujeres usan sus encantos y su sensualidad para rebatir el poder de los hombres.

Glick y Fiske (1996, 1999, 2000) sugieren que tanto el sexismo hostil como el sexismo benevolente tienen sus raíces en las condiciones biológicas y sociales que son comunes a todos los grupos humanos. Y giran en consecuencia en torno al poder social, la identidad de género y la sexualidad, y se articulan en torno a tres componentes comunes: el *paternalismo*, la *diferenciación de género* y la *heterosexualidad*. Cada componente refleja una serie de creencias en las que la ambivalencia hacia las mujeres es inherente, ya que presenta un componente hostil y otro benévolo.

Glick y Fiske (1996) definen el *paternalismo* como la forma en la que un padre se comporta con sus hijos e hijas: por un lado, les aporta afecto y protección y, por el otro, el padre es el que manda sobre sus hijos e hijas. Esta concepción está intimamente relacionada con la visión ambivalente del sexismo, porque incluye dos dimensiones: el *paternalismo protector* y el *paternalismo dominador*. El sexismo se materializa por un lado en un

paternalismo dominador que desencadena el sexismo hostil, donde se asienta la estructura del patriarcado que legitima la superioridad de la figura masculina, considerando a las mujeres como seres incapaces, incompetentes y también peligrosos, debido a que intentan arrebatarse el poder de los hombres. Por otro lado, el sexismo se materializa igualmente en un paternalismo protector que desencadena el sexismo benevolente, y que los hombres aplican a las mujeres que desempeñan roles tradicionales, ya que las consideran como criaturas débiles y frágiles a las que hay que colocar en un pedestal y protegerlas. El paternalismo protector puede coexistir con su complementario dominador porque los hombres dependen del poder diádico de las mujeres como esposas, madres y objetos románticos. Así las mujeres tienen que ser amadas, acariciadas y protegidas, ya que su debilidad requiere que los hombres cumplan con su papel protector y de sustento económico. Brehm (1992) establece que, en las relaciones heterosexuales, el paternalismo dominador es la norma. De este modo, en matrimonios tradicionales, tanto el hombre como la mujer están de acuerdo en que el hombre es el que debe ejercer la mayor autoridad y a su vez proveer y proteger el hogar, con una esposa que depende de él para mantener su estatus económico y social. Carés (2001) sugiere que las mujeres, además de aceptar este paternalismo, son las encargadas de transmitir los valores patriarcales y de salvaguardarlos, es decir, se espera que las mujeres no sólo se sometan al patriarcado sino que se conviertan en agentes de difusión de esta ideología sexista.

El segundo componente en el que subyace el sexismo hostil y benevolente es la *diferenciación de género* (Glick y Fiske, 1996). Todas las culturas usan las diferencias biológicas (físicas) entre sexos como base para hacer distinciones sociales que supone la asignación de valores, cualidades y normas en función del sexo al que se pertenece. Al igual que en el paternalismo, en la diferenciación de género también nos encontramos con las dos caras

del sexismo: por un lado está la *diferenciación de género competitiva* y por el otro la *diferenciación de género complementaria*. La diferenciación de género competitiva se presenta como una justificación sobre el poder estructural masculino, ya que considera que solamente los hombres poseen los rasgos necesarios para poseer el poder y gobernar las instituciones socio-económicas y políticas. A su vez, también afirman que las mujeres, al ser diferentes de los hombres, como por ejemplo al tener en cuenta su mayor debilidad, no cuentan con las características, ni con la capacidad necesaria para poder gobernar y que, por tanto, su ámbito de actuación quedaría limitado a la familia y al hogar. Por otro lado, los hombres son conscientes del poder diádico de las mujeres que les hace depender de ellas. Este poder hace que los hombres reconozcan que las mujeres tienen características positivas (Eagly y Mladinic, 1993) que complementan las suyas. Esto es lo que constituye la diferenciación de género complementaria. Para el sexista benevolente las características de las mujeres complementan las características de los hombres, mientras que para el sexista hostil determinadas características de las mujeres, como la sensibilidad, las colocan en un plano inferior y las hacen incompetentes para ejercer el poder.

Finalmente Glick y Fiske (1996) sitúan en la *beterosexualidad* uno de los más poderosos orígenes de la ambivalencia de las actitudes de los hombres hacia las mujeres. Berscheid y Peplau (1983) afirman que las relaciones románticas heterosexuales son definidas por hombres y por mujeres como uno de los principales factores para llegar a tener una vida feliz. Al igual que los anteriores componentes, la heterosexualidad tiene dos vertientes: la *intimidad heterosexual* y la *hostilidad heterosexual*. Glick y Fiske (1996) establecen que la motivación sexual de los hombres hacia las mujeres puede estar unida a un deseo de proximidad (intimidad heterosexual), lo que alimenta el sexismo benevolente. Pero las relaciones románticas entre hombres

y mujeres suponen a veces una amenaza para las mujeres. Ya que la agresión masculina, en culturas que promueven las desigualdades de género (Bohner y Schwarz, 1996), y la amenaza de la violencia sexual han sido popularmente caracterizadas como unas medidas por las cuales los hombres controlan a las mujeres para mantener las desigualdades. La dependencia diádica de los hombres respecto a las mujeres crea una situación inusual en la que los miembros del grupo dominante son dependientes de los miembros del grupo subordinado, alimentando el sexismo hostil. Así las mujeres por medio del sexo tienen el poder para satisfacer el deseo de los hombres en su intimidad heterosexual.

LA DIMENSIÓN "REAL" DEL SEXISMO AMBIVALENTE

Las formulaciones teóricas relativas al sexismo más moderno en su concreción ambivalente encuentran apoyo empírico. Los estudios confirman la existencia de un sexismo ambivalente, resultado de la combinación de dos tipos de sexismo: sexismo hostil y sexismo benevolente, piedra angular de la teoría formulada por Glick y Fiske (1996). Y esta confirmación empírica, inicialmente aportada por los propios autores, es posteriormente reafirmada en investigaciones paralelas (Eckes y Six, 1999; Mladinic *et al.*, 1998; Expósito *et al.*, 1998).

Si reconocemos que el sexismo ambivalente hacia las mujeres, tanto en su vertiente hostil como benevolente, mantiene a la mujer en un lugar asimétrico y jerárquicamente inferior al del hombre, es esperable que sean ellos los que se adscriban a tales actitudes en mayor medida. Lo que confirman sistemáticamente los estudios llevados a cabo hasta la fecha dentro (Lameiras, Rodríguez y Sotelo, 2001; Moya y Expósito, 2000) y fuera de nuestras fronteras (Glick y Fiske, 1996; Glick *et al.*, 2000; Masser y Abrams, 1999, Eckehamar, Akrami y Araya, 2000). Convirtiéndose ésta, como cabría esperar, en la principal variable independiente a estudiar.

Junto a estos planteamientos, surge otra cuestión importante para el debate. Ésta es en qué medida el sexismo ambivalente, constituido por ideologías sexistas complementarias, es el fruto de la emancipación que las mujeres han experimentado en las sociedad más industrializada o, por el contrario, se reproduce en todas las culturas. A esta cuestión se intenta dar respuesta a través del estudio transcultural de Glick *et al.* (2000), en el que participa nuestro equipo, y que abarca una muestra de 15.000 hombres y mujeres de 19 naciones de los cinco continentes, entre ellas España. Los resultados de este macro estudio confirman la presencia del componente hostil-negativo y benevolente-positivo en las actitudes elicadas hacia las mujeres en todas las culturas estudiadas. Resultados que también confirma nuestro estudio con 1639 estudiantes universitarias de seis países iberoamericanos (Lameiras *et al.*, 2002).

Sin embargo, aunque son los hombres en todas las culturas estudiadas los que manifiestan un mayor sexismo hacia las mujeres, éstas no están exentas de este tipo de actitudes. Especialmente del sexismo benevolente que, al estar asociado a un tono afectivo positivo y enmascarar su verdadera esencia sexista, es más fácilmente asumido incluso por las propias mujeres. De hecho, en países como Cuba, Nigeria, Suráfrica y Botswana, las mujeres son más sexistas benevolentes (Glick *et al.*, 2000). Los argumentos de los autores para explicar estos resultados afianzan la idea de que el sexismo benevolente podría actuar como una estrategia de autodefensa en aquellos casos en los que la mujer se encuentra en un contexto con un elevado sexismo hostil, en los que las mujeres tendrían un gran incentivo para aceptar el sexismo benevolente y ganar la protección y la afectividad de los hombres. Lo que parece, sin duda, paradójico ya que las mujeres buscarían protección precisamente de los miembros del grupo del que reciben las amenazas y opresiones. Pero esto reafirma la compleja relación de dependencia-independencia que caracteriza a los sexos.

A pesar de los resultados que confirman que el sexismo ambivalente es un ideología que parece pervivir en todas las culturas, otra interesante cuestión es la de determinar hasta qué punto el arraigo de las actitudes sexistas está asociado al nivel de desarrollo de un país. Esta cuestión es indiscutiblemente relevante, ya que si la evolución de la ideología sexista está, como cabría esperar, condicionada por el desarrollo del país, una de las principales consecuencias de esto será promover todas aquellas acciones que contribuyan a dicho desarrollo y contribuir con ello a superar los estereotipos sexistas. Aunque con las limitaciones que impone el no disponer de muestras representativas a nivel nacional, en el estudio transcultural del que hemos hablado de Glick *et al.* (2000) se comprueba que las puntuaciones, tanto de sexismo hostil como benevolente, correlacionan negativamente con los indicadores sociales a nivel nacional de igualdad de género, entre los que se encuentran el porcentaje del salario de la mujer con respecto al del hombre en puestos similares, el porcentaje de mujeres en puestos ejecutivos y políticos, el número de hijos por mujer o el porcentaje de población universitaria. De modo que las ideologías sexistas reflejan las desigualdades sociales entre sexos. Esto supone que en los países con un mayor índice de desarrollo humano se asumen en menor medida los estereotipos tradicionales para los sexos. Estos resultados se confirman también en la muestra de países iberoamericanos (Lameiras *et al.*, 2002), comprobándose además que esta relación es incluso más marcada para los chicos. De hecho, en el reciente estudio en colaboración entre Glick y nuestro equipo (Glick, Lameiras y Rodríguez, 2002) se comprueba que el nivel de estudios correlaciona significativamente con la adscripción a actitudes sexistas, de tal modo que a mayor instrucción menor sexismo, tanto en su vertiente hostil como benevolente.

La importancia que el progreso social tiene en la elicitación de actitudes menos sexistas hacia las mujeres nos lleva a plantear-

nos otra interesante cuestión: en qué medida los cambios sociales se reflejan en las actitudes de toda la población de estudio o si, por el contrario, estas actitudes están también determinadas por el propio período evolutivo en el que se encuentra el sujeto. Para dar respuesta a esta cuestión llevamos a cabo un estudio (Lameiras, Rodríguez y González, 2004) con una muestra de 1003 sujetos elegidos aleatoriamente de la comunidad gallega entre las franjas de edad de 18 y 65 años. Los resultados de este estudio confirman que es el colectivo de personas mayores de 42 años el que muestra actitudes más sexistas, tanto en la vertiente hostil como benevolente, hacia las mujeres y, lo que es más interesante todavía, a partir de esta edad desaparecen las diferencias entre sexos. La explicación a estos resultados la podemos encontrar en la realidad socioeconómica que ha caracterizado a España con los cambios que se inician en la década de los 60, en sintonía con los que se producen en el resto de Europa, y en algunos países de forma más marcada aún.

Estos argumentos reativos al progreso social nos derivan a concluir que será la población más joven, aquella situada en la franja de edad entre 18-22 años, la que presente actitudes significativamente menos sexistas. Pero los datos muestran que las actitudes sexistas disminuyen —no se incrementan— desde los 18 hasta los 42, en un proceso más claro para las mujeres que para los hombres, dando lugar a un proceso más de u invertida que lineal ascendente, como cabría esperar. Esto nos lleva a plantearnos en qué medida y, especialmente con relación al sexismo benevolente, si su sutileza constituye una hábil trampa a la que sucumben incluso las mujeres autodescribiéndose con actitudes benevolentes e incluso hostiles. De hecho, en el estudio previo con una población de adolescentes escolarizados en enseñanza secundaria obligatoria, comprobamos que sus actitudes sexistas son incluso mayores que las asumidas por el colectivo de 18-22 años (Lameiras, Rodríguez y Sotelo, 2001). Reafirmando el proceso de u

invertida entre la población más joven —entre 12–16 años— y la de más edad entrevistada —65 años—. Esto impone la necesidad de incorporar junto a la explicación que viene dada de los cambios sociales acaecidos en los últimos cuarenta años en España a favor del progreso socio-económico, también cambios a nivel evolutivo. Ello nos debe hacer pensar en qué medida el sistema educativo, familiar y social siguen transmitiendo una visión estereotipada de los sexos de la que se impregnan los y las más jóvenes desde una toma de posición acrítica y que la entrada en la madurez, y sobre todo la incorporación a responsabilidades profesionales y familiares, llevan especialmente a las mujeres a ser conscientes del sexismo implícito tanto en el trato hostil como benevolente que reciben.

CONCLUSIÓN

La presencia de actitudes sexistas más sutiles y encubiertas que conforman el sexismo moderno y, especialmente, en la conceptualización del sexismo ambivalente en el que se combinan actitudes hostiles y benevolentes, es necesario reconocer el efecto pernicioso que ejerce este nuevo sexismo en la consumación de la igualdad entre los sexos. El sexismo benevolente, que enmascara su verdadera esencia sexista detrás de su tono afectivo positivo, es sin duda más pernicioso para los objetivos de igualdad entre los sexos al quedar su esencia sexista desdibujada bajo su tono afectivo positivo. Hay que recordar que el sexismo benevolente sigue siendo sexista ya que relega a la mujer a “otro” lugar, al ser limitada a ciertos roles que se incluyen en los estereotipos de feminidad (“nurture”) que se vinculan a su capacidad reproductiva y maternal.

Pero la transformación de esta realidad, requiere toda una revolución con relación a los significados atribuidos a ser hombre y mujer que permita la modificación de las opiniones, actitudes y comportamientos estereotipados y, con ello, tanto la superación de los estereotipos descriptivos como prescriptivos, es decir, lo que se espera que debemos hacer

y ser en función de nuestro sexo y superar con ello el “conservadurismo cultural” del que todavía nos impregnamos.

Referencias

- Allport, G.W. (1954): *The Nature of Prejudice* (Reading, MA. Addison-Wesley).
- Bakan, D. (1966): *The duality of human existence*. Chicago. McNally.
- Batista-Foguet, J.M., Blanch, J.M. y Artés, M. (1994): Actitudes y calidad de vida. En M.A. Page (eds) *Propuesta de un sistema de indicadores de igualdad entre géneros* (pp. 311–374). Madrid. Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer.
- Benokraitis, N.V., & Feagin, J.R. (1986): *Modern sexism*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- (1995): *Modern sexism* (2nd ed.). Englewood Cliffs, NJ. Prentice-Hall.
- Berscheid, E., & Peplau, L.A. (1983): The emerging science of relationships. En H.H. Kelley, E. Berscheid, A. Christensen, J.H. Harvey, T.L. Huston, G. Levinger, E. McClintock, L.A. Peplau, 6 D.R. Peterson (Eds.), *Close relationships* (pp. 1–19). New York. W.H. Freeman.
- Brehm, S.S. (1992): *Intimate relationships*. New York. McGraw-Hill.
- Bonilla, A., & Martínez-Belloch, A.P. (2000). Identidades, transformación de modelos sociales y su incidencia en el ámbito educativo. En J. Fernández (Ed.), *Intervención en los ámbitos de la sexología y de la génerología* (pp.135–176). Madrid. Pirámide.
- Bohner, G., Schwarz, N. (1996): The threat of rape: Its psychological impact on nonvictimized women. En D.M. Buss & N.M. Malamuth (Eds.), *Sex, power, conflict: Evolutionary and feminist perspectives*. New York. Oxford University Press.
- Carés, D. (2001): Reflexiones para el desarrollo de una metodología de género en los estudios de hombres. En M. Pérez Conchillo (Ed.), *Educando para la concordancia de género*. Valencia. Generalitat Valenciana.

- Eagly, A.H. & Mladinic, A. (1993): Are people prejudiced against women?. Some answers from research on attitudes, gender stereotypes and judgments of competence. En D.M. W. Stroebe & M. Hewstone (Eds.), *European Review of Social Psychology* vol. 5 (pp. 1–35). New York. Wiley.
- Eckes, T. & Six, M.I. (1999): Hostility and benevolence: A scale measuring ambivalent sexism. *Zeitschrift fuer Sozialpsychologie*, 30 (4), 221–228.
- Ekehammar, B., Akrami, N. & Araya, T. (2000): Development and Validation of Swedish Classical and Modern Sexism Scales. *Scandinavian Journal of Psychology*, 41, 307–314.
- Expósito, F., Moya, M. y Glick, P. (1998): Sexismo ambivalente: medición y correlatos, *Revista de Psicología Social*, 55, 893–905.
- Expósito, F., Montes, B. y Palacios, M. (2000): Características distintivas de la discriminación hacia las mujeres en el ámbito laboral. En D. Caballero, M.T. Méndez y J. Pastor (Eds.), *La mirada psicociológica. Grupos, procesos, y lenguajes* (pp. 703–710). Madrid. Biblioteca Nueva.
- Festinger, L. (1957): *A theory of cognitive dissonance*. Evanston, Illinois. Rew, Paterson.
- Gaertner, S.L. & Dovidio, J. F. (1986): The aversive form of racism. In J. F. Dovidio & S.L. Gaertner (Eds.), *Prejudice, discrimination and racism* (pp.35–59). San Diego. Academic Press.
- Glick, P. y Fiske, S. (1997): Hostile and benevolent sexism. Measuring ambivalent sexist attitudes toward woman, *Psychology of Women Quarterly*, 21 (pp. 119–135).
- (2001): An Ambivalent Alliance. Hostile and Benevolent Sexism as Complementary Justification for Gender Inequality, *American Psychologist*, 56 (2), 109–118.
- (1996): The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism, *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491–512.
- (1999): The Ambivalence toward Men Inventory: Differentiating hostile and benevolent beliefs about men, *Psychology of Women Quarterly*, 23, 519–536.
- Glick, P., Fiske, S.T., Mladinic, A., Saiz, J.L., Abrams D., Masser, B., Adetoun, B., Osagie, J.E., Akande, A., Alao, A., Brunner, A., Willemensen, T.M., Chipeta, K., Dardanne, B., Dijksterhuis, A., Wigbouldus, D., Eckes, T., Six–Materna, Y., Expósito, F., Moya, M., Foddy, M., Kim, H.J. Lameiras, M., Sotelo, M.J., Mucchi–Faina, A., Romani, M., Sakalli, N., Udegbe, B., Yamamoto, M., Ui, M. & Ferreira, M.C. (2000): Beyond Prejudice as Simple Antipathy: Hostile and Benevolent Sexism Across Cultures, *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 763–775.
- Glick, P., Lameiras, M. & Rodríguez, Y. (2002): Education and religiosity as predictors of ambivalently sexist attitudes. *Sex Roles*, 47/9-10, 433–441.
- Goldberg, P. (1968): Are women prejudiced against women?. *Transaction*, 5, 28–30.
- Katz, I. (1981). *Stigma: A social psychological analysis*. Hillsdale, L. Erlbaum.
- Katz, I., & Hass, R.C. (1988): Racial ambivalence and American value conflict: Correlational and priming studies of dual cognitive structure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 55, 893–905.
- Katz, J, Wackenhut, J. & Hass, R.G. (1986): Racial Ambivalence. Value duality and behavior, in J. F. Dovidio & S.L. Gaertner (Eds.). *Prejudice, discrimination and racism* (pp. 35–59) San Diego. Academic Press.
- Lameiras, M., López, W., Rodríguez, Y., D.Ávila, M.L., Lugo, I., Salvador, C.M., Mineiro, E. & Granejo, M. (2002): Ideología del rol sexual en países iberoamericanos. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 20.
- Lameiras, M., Rodríguez, Y. & González, M. (2004): Evolution of hostile and benevolent sexism in a spanish sample. *Social Indicator Research*, 66, 197-201.

- Lameiras, F.M., Rodríguez, C.Y. & Sotelo, T.M. (2001): Sexism and racism in a Spanish sample of secondary school students, *Social Indicators Research*, 54 (3) pp. 309–328.
- Lipovsky, G. (1999): *La tercera mujer*. Barcelona. Anagrama.
- Masser, B. & Abrams, D. (1999): Contemporary sexism. The relationships among Hostility, Benevolence and Neosexism. *Psychology of Women Quarterly* (pp. 503–517).
- Mladinic, A., Saiz, J.L., Díaz, M., Ortega, A. & Oyarce, P. (1998): Ambivalent sexism in Chilean university students. *Revista de Psicología Social y de Personalidad*, 14 (1), 1–14.
- McConahay, J.B. (1986): Modern racism, ambivalence and the Modern Racism Scale. En J. F. Dovidio & S.L. Gaertner (Eds.), *Prejudice, discrimination and racism*. San Diego. Academic Press.
- Moya, M. & Expósito, F. (2000): Antecedentes y consecuencias del neosexismo en varones y mujeres de la misma organización laboral. En D. Caballero, M.T. Méndez, y J. Pastor (Eds.), *La mirada psicosociológica. Grupos, procesos, y lenguajes*, (pp. 619–625). Madrid. Biblioteca Nueva.
- Pastor, R. (2000): Aspectos psicosociales de la asimetría genérica: rupturas, cambios y posibilidades. En J. Fernández (Ed.) *Intervención en los ámbitos de la sexología y de la generología* (pp. 217–246). Madrid. Pirámide.
- Parson, T. y Bales, R.F. (1955): *Family, socialization, and interaction process*. New York. Free Press.
- Pettigrew, T.F. (1989): The nature of modern racism in the United States. *Revue Internationale de Psychologie Sociale*, 2, 291–303.
- Rudman, L.A. & Glick, P. (2001): Prescriptive gender stereotypes and backlash toward agentic women, *Journal of Social Issues*, 57 (4), 743–762.
- Rueda, J.F. & Navas, M. (1996): Hacia una evaluación de las nuevas formas de prejuicio racial: las actitudes sutiles del racismo. *Revista de Psicología Social*, 11 (2), 131–149.
- Sears, D.O. (1988): Symbolic racism, in P.A. Katz & D.A. Taylor (Eds.), *Eliminating racism* (pp. 53–84), New York. Plenum Press.
- Spence, J. & Hahn, E.D. (1997): The Attitudes toward Women Scale and Attitude change in College Students. *Psychology of Women Quarterly*, 21, 17–34.
- Swim, J.K., Aikin, W.S., Hall, W.S. & Hunter, B.A. (1995): Sexism and Racism: Old-fashioned and Modern Prejudices, *Journal of Personality and Social Psychology*, 68 (2), 199–214.
- Tougas, F., Brown, R. Beaton, A.M. & Joly, S. (1995): Neosexism. Plus ça change, plus c'est pareil, *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21, 842–849.
- Tavris, C. & Wade, C. (1984): *The longest war* (2nd. Ed.). San Diego, CA. Harcourt Brace Jovanovich.
- Twenge, J.M. (1997): Changes in masculine and feminine traits over time: a meta-analysis, *Sex Roles*, 36 (5/6), 305–325.
- Twenge, J.M. & Zucker, A.N. (1999): What is a feminist?. Evaluations and stereotypes in closed and open ended responses, *Psychology of Women Quarterly*, 23, 591–605.